

nero y al bienestar se desarrollaban simultáneamente con esta fórmula de actividad. En el siglo V solamente eran magníficos los monumentos públicos; la vida de los particulares era sencilla. En el siglo IV el lujo privado aumentó muy sensiblemente. El individualismo, innato en el griego y sobre todo en el ateniense, tiende á transformarse en egoísmo. Los sacrificios desinteresados en favor del bien público parecen más penosos. La política puede ser para algunos un asunto personal, más que el cuidado por el interés de todos.

Se dice con frecuencia que no contaba con muchos honores el trabajo en la Grecia antigua y que el ideal de un hombre libre era entregarse á la política y al pensamiento puro. En lo que respecta á Atenas en particular, deben hacerse algunas distinciones. En efecto, los filósofos menosprecian el trabajo manual: Aristóteles, como Platón, excluye de la ciudad ideal al obrero, al de los campos y al de la ciudad (*θάλασσιος, γεωργός*) cuya actividad, que no exige más que músculos, es semejante á la del esclavo (1). Su desprecio cae también sobre el comercio al por menor del *καπηλός*, que compra y revende por rutina con escaso provecho, mediante un pequeño gasto de inteligencia, y que carece de tiempo para cultivar su espíritu. En esto se hallan seguramente de acuerdo con el sentimiento de la

(1) *Política*, p. 1328-1323.

clase culta de Atenas; pero también sin gran trabajo encontraríamos entre los modernos la expresión frecuente de sentimientos análogos. Si se recuerda que muchas de estas ocupaciones inferiores las realizaban en la antigüedad los esclavos, resulta más natural aún que recayese algún desdén sobre los hombres libres que se dedicaban á ellas. También es cierto que Platón y Aristóteles tenían poca simpatía por el género de actividad de un gran comerciante (*ἐμπορος*) ó de un obrero de orden superior (*τεχνίτης*). Aristóteles no quiere que la ciudad ideal realice más comercio interior que el que exijan sus propias necesidades. Le prohíbe ser un mercado universal, porque sólo ve en esta extensión de los negocios comerciales una prueba de ambición contraria á la verdadera moral y á la buena política (1).

Esta opinión se comprende cuando procede de pensadores entregados á la ciencia pura y ebrios del entusiasmo que les inspira la investigación de la verdad desinteresada. No es raro un sentimiento análogo entre los especulativos de todos los tiempos; pero no podría decirse que tal manera de ver fuese general en la sociedad ateniense. Lo cierto es lo contrario. Tucídides elogia expresamente la constitución democrática porque ha abierto la vida pública á los trabajadores (*πρός ἔργα τετραμμένοις*), á los cuales reconoce suficiente

(1) *Política*, IV, p. 1327. A. 27-31.

aptitud para gestión de las cosas de la ciudad. Toda la historia de Atenas demuestra que la opinión de Tucídides era la de la mayoría de los atenienses. Ya hemos visto que Solón no juzgaba indigno el enriquecerse en el comercio. En los siglos IV y V nos hallamos con una gran cantidad de hombres cuya fortuna procede del trabajo, y á los que no por eso se considera menos. Cefalos, el padre de Lisias, es fabricante de armas y además meteco. No por eso deja de figurar en la *República* del mismo Platón como un hombre cuya vejez está rodeada del respeto general. Demóstenes no experimenta cortedad alguna para hablar de la riqueza honradamente adquirida por su padre en la misma industria.

No acusemos, pues, á la sociedad ateniense en general de haber despreciado el trabajo. Era demasiado laboriosa en conjunto para caer de ese lado y para desconocer la dignidad de una existencia que se basta á sí misma sin pedir nada á nadie.

En efecto, á partir de la mitad del siglo V se ve á hombres de Estado influyentes salir con frecuencia de la burguesía media. A ella pertenecen Cleon é Hiperbolos. Los aristócratas se escandalizan ante aquella novedad, pero esto mismo demuestra que no desdenaba tanto el trabajo la opinión pública como muchos creen.

En realidad no existe respecto de esto entre la opinión ateniense y la moderna una diferencia grande. Lo único cierto es que el ateniense se veía frecuentemente sometido á

una tentación peligrosa á la que no podía sustraerse y que debió ejercer sobre muchos ciudadanos una influencia funesta. Me refiero á la facilidad que encontraba de satisfacerse con el modesto salario que la ley le aseguraba como individuo de la Asamblea, del Consejo ó del Tribunal de los heliastas y en vivir mezquinamente con él. Esto no le inducía al desprecio teórico del trabajo, pero podía estimular su pereza. La vida era barata en Atenas; en rigor bastaban tres óbolos para asegurar al ciudadano el pan, el pescado salado, los higos y las cebollas, que aseguraban su subsistencia y la de su familia. Esto daba á los hombres perezosos una peligrosa facilidad y no hay duda de que esta organización, acaso inevitable pero lógica, fuese impropia á desarrollar la clase de moralidad que procura la costumbre de un trabajo metódico. Sobre todo, los oradores podían muy bien encontrar el medio de vivir de la política. En todos los países es esto un peligro; volveremos sobre ello y veremos lo que su dignidad ha podido perder con eso. Por ahora, sin negar los inconvenientes generales del sistema, limitémonos á hacer notar que el empuje industrial y comercial de Atenas es suficiente á demostrar que el mal no estaba tan extendido como pudiera creerse y sobre todo que, si hubo en Atenas muchos paseantes y perezosos, no fué tanto por sistema como por abandono.

Queda aún, cuando se trata de la cultura general del pueblo ateniense, otro elemento

que no hay que desdeñar: la especie de educación que resulta para cada uno del roce con todos, la educación de las gentes y la del *Ágora*.

Los atenienses ricos, ó que por lo menos gozaban de bienestar, eran aficionados á reunirse durante la noche en banquetes, en primer término para beber, pero también para cantar, para oír música y probablemente sobre todo para hablar. Las *scolias* ó canciones de mesa constituyen un género literario muy cultivado. La literatura nos ofrece ilustres ejemplos de banquetes en los que se habla. Las mujeres estaban excluidas de ellos, á no ser que fuesen cortesanas; pero es sabido que algunas de éstas eran cultísimas é ingeniosas y el tono de los banquetes en que figuraban debía muchas veces á su presencia la ligereza y la elegancia. El talento social vivo y brillante encontraba, pues, en Atenas frecuentes ocasiones de ejercitarse.

Pero el ateniense no necesitaba de estas reuniones para hablar y discutir. No le faltaban ocasiones y sabía además determinarlas.

Como todos los meridionales, el ateniense vive mucho al aire libre, es por naturaleza curioso y charlatán; desde por la mañana el *Ágora* se llena de gente. Sócrates, el inagotable conservador, está seguro de encontrar siempre allí alguien con quien hablar. Otros, y sobre todo los jóvenes, van á los gimnasios. En todas partes se entrecambian noticias y se enredan las discusiones. El noticiero es un tipo ateniense. El discutidor, otro:

todo buen sofista está siempre dispuesto á contestar al primero que llegue. El hombre del pueblo, la verdulera no son menos prontos en la réplica ni experimentan menos curiosidad por saber lo que se dice. Seguramente no eran de primer orden todas las ideas que se cambiaban entre aquellas infatigables cigarras atenienses. Lo que sí puede afirmarse es que no podía menos de aumentar la vivacidad natural y el talento, afinándose en aquel chisporroteo de palabras que hacía de toda Atenas como una amplia «sala de conversación», y sin duda no se equivocaba Isócrates al declarar que los sencillos particulares de Atenas habrían podido pasar en cualquier otra parte por profesionales en materia de discursos.

III.—La educación política.

Hasta aquí nos hemos ocupado de la cultura general del ateniense; vayamos ahora á su educación política propiamente dicha.

§ 1.—LA PRÁCTICA DE LOS NEGOCIOS.

Y en primer lugar es preciso reconocer que si un oficio cualquiera se aprende por la práctica mejor que de otro modo, ningún pueblo encontró en sus instituciones más

ocasiones de aprender política. Ya hemos visto que la vida del ateniense transcurre en su mayor parte en las asambleas y en las magistraturas; era imposible que no aprendiese en alguna medida su oficio de ciudadano. Procuraremos demostrar que esta educación tenía sus defectos, que tendía á desarrollar algunas cualidades vivas de la inteligencia y de la imaginación, más que el hábito no menos necesario de reflexión prudente, de posesión de sí mismo y de severa moralidad. Pero tampoco deben negarse sus buenos efectos.

En el Consejo de los Quinientos aprendía el ciudadano la preparación de los negocios. Un día ocupaba la presidencia, puesto en el cual era mayor su responsabilidad. Si esta presidencia caía en un día de Asamblea, era el desconocido de la víspera y del día siguiente el encargado de dirigir la discusión y mantener el orden. En la Asamblea, ya como individuo del Consejo, ya como simple ciudadano, asistía á todas las deliberaciones y podía tomar parte en ellas. Se instruía respecto de los intereses de la ciudad, oyendo á los oradores; compartía la responsabilidad colectiva del voto final. En una comedia de Aristófanes, una mujer dirige un elocuente discurso á sus compañeras; una de éstas le dice: «¿Dónde has aprendido á hablar tan bien, Praxágoras?» «En la Asamblea», contesta. Era la historia de todos los atenienses, que aprendían de igual manera no sólo á hablar, sino también á conocer los hombres

y las cosas. El ateniense que había oído durante veinte años á un Pericles ó á un Demóstenes exponer su política, recordar los intereses esenciales de la ciudad, analizar cada asunto particular, relacionándolo con las grandes tradiciones de la política nacional, ya no era un profano. Le era fácil á un hombre inteligente, y la inteligencia no era rara en aquel pueblo, ir adquiriendo así una educación política muy superior á la que puede procurar ahora la lectura superficial de un periódico de partido. Esta publicidad al aire libre del Ágora constituye una temible experimentación para las ideas; el buen sentido colectivo, con frecuencia superior al individual, según la observación de Aristóteles, pasaba por el cedazo todas las opiniones y aumentaba la razón de cada una de ellas (1).

Tampoco debe desdeñarse la tarea del juez del heliasta, á pesar de las burlas de Aristófanes. La probidad profesional es una virtud muy extendida. El hombre que tenía entre sus manos la suerte de un acusado ó de un querellante y que oía al interesado mismo ó á un abogado hábil recordarle elocuentemente sus deberes de juez, los compromisos religiosos del juramento dado, la magnitud cívica de su función, este hombre no era de ordinario un grotesco Filocleon dispuesto á condenar por placer.

Procuraba comprender y juzgar bien: poco

(1) Aristóteles, *Política*, III, 11, p. 1281, B. 34.

á poco iba aprendiendo las innumerables cuestiones que componen la vida de una gran ciudad. Se esforzaba en aplicar la ley y para esto le era preciso, en primer término, conocerla bien, tarea facilitada por las admirables discusiones de los logógrafos. Discusiones de este género, frecuentemente modelos de precisión jurídica y de elevación moral, hacen honor á los jueces, que merecían que se les hablase en un estilo tan bello. Que el favor y la pasión decidiesen á veces de la sentencia, es demasiado evidente, toda vez que estos jueces eran hombres y que las causas que habían de juzgarse eran con frecuencia causas políticas. Aun en las causas puramente civiles, puede verse de costumbre á los defensores invocar en apoyo de sus argumentos jurídicos el recuerdo de los servicios prestados por ellos á la democracia y hacer vibrar así los sentimientos del auditorio. No es menos cierto que en conjunto los defensores atenienses nos dan una idea favorable de los jueces y que el tribunal de los heliastas no era mala escuela para los ciudadanos.

Hay que decir otro tanto de dos innumerables cargos que cada ciudadano tenía incessantemente que cumplir por turno, desde los más altos, como el arcontado, hasta los más modestos, como la vigilancia de los mercados ó de las calles. Ni uno solo de ellos dejaba de poner al ateniense en contacto directo con la realidad de las cosas, ni de obligarle á demostrar vigilancia y respeto de las leyes, ni de llevar consigo responsabilidades

suficientes á hacerle reflexionar sobre sus deberes hacia la ciudad. Este era, sin ninguna duda, un elemento eficaz de educación política.

He aquí ahora los inconvenientes de este sistema.

La palabra ocupaba en él un espacio que pudiera juzgarse excesivo. Todos los asuntos se discutían en público ante la multitud, y el talento de la palabra indispensable para hacerse escuchar de una asamblea numerosa alcanzaba forzosamente un valor un tanto desproporcionado, en detrimento de las cualidades menos brillantes de reflexión y de discreción. Es cierto que el pueblo se daba cuenta de ello y desconfiaba muchas veces de la habilidad de los oradores. Tucídides refiere que Antifón, el primer orador de su tiempo, subía rara vez á la tribuna, porque el pueblo temía el prestigio de su elocuencia (1). Pero en Antifón había motivos para hacerle sospechoso: era un enemigo declarado de la democracia y se conocían todos sus sentimientos. Es permitido pensar que si su política hubiese sido diferente, la desconfianza del pueblo hubiese estado menos despierta. De hecho todos los hombres de Estado atenienses, sobre todo desde la mitad del siglo v, fueron oradores de gran fuerza de palabra; en algunos se añade á ella la fuerza del pensamiento; pero parece que

(1) Tucídides, VIII, 68, 1.

otros, sin el mismo género de mérito, no tuvieron por eso menos influencia. La voz tonante de Cleon, su acción vehemente en la tribuna eran importantes factores de su éxito; Demóstenes no deja de poner en guardia á los atenienses contra la voz melodiosa de Esquines y éste á su vez advierte al pueblo que no se deje arrebatar por los gritos y juramentos de Demóstenes, ni por sus frases demasiado bien construídas y sus argumentos capciosos.

Estas luchas de palabra ante un pueblo fundamentalmente artista se convertían forzosamente en espectáculo oratorio. Demóstenes dice alguna vez que no se trata de juzgar la elocuencia de los oradores, sino la justeza de sus ideas en pro de la salvación de la patria. Ya el Cleon de Tucídides ponía al pueblo en guardia contra su costumbre de ver demasiado frecuentemente en los grandes debates de la tribuna una justa sofística de talento y de elocuencia (1). Era fuerte, en efecto, la tentación de dejarse embriagar por lo atractivo del espectáculo. En estas justas oratorias había frecuentemente un verdadero drama, en el cual los oradores se empeñaban con toda su fuerza en un juego que podía llegar á ser trágico. Tratábase muchas veces de su fortuna y hasta de su existencia. El fondo de la cuestión estaba á punto de desaparecer ó de ocultarse á los

(1) Tucídides, III, 37, 4-5.

ojos del pueblo ante la acritud patética de estas luchas ardientes, en las que ya no estaban sólo en litigio las ideas, sino que el individualismo incoercible del espíritu ateniense introducía en ellas un elemento peligroso de rivalidad personal ó de odio. Era demasiado interesante el drama para que la fría razón de los oyentes conservase toda su libertad. Entraban por fin ellos mismos en el juego y muchas veces era su pasión la que decidía.

Otro inconveniente de este abuso de la palabra era la de ilusionar muchas veces sobre la eficacia de su acción. Cada discusión daba por resultado un decreto. No podía pedirse más, á condición de que el decreto fuese razonable y se ejecutase. Pero no ocurría siempre así. El ardor que se gastaba alrededor de la tribuna, decaía casi siempre después de la sesión. Parecía que con la votación de un decreto se había acabado todo. Después de disputar apasionadamente en pro ó en contra de una medida determinada, ya nadie pensaba en ella: el drama había terminado y no interesaba lo que sucedía luego de bajarse el telón. Demóstenes abunda sobre este punto en reproches agrios y vehementes y sin duda sinceros. Habla de los envíos de refuerzos decretados y sin más existencia que la que tienen sobre el papel (*ἐπιστολιμαίους*). Dice á los atenienses que lo que importa para dar ánimo á los griegos no es hacer bellas manifestaciones oratorias, porque todo el mundo sabe que nunca les faltaron palabras, sino realizar actos,

cosa que pocas veces se les ve hacer. No pide grandes levas de tropa; es demasiado fácil poner en una proposición cifras pomposas y vanas; pide algunas medidas modestas, pero para que se ejecuten realmente. Todo esto quiere decir que el ateniense, en fuerza de oír hermosos discursos y de votar admirables decretos, pierde de vista la realidad; que toda esta elocuencia estimula en el fondo de las almas la aptitud á pagarse de palabras; que á fuerza de hablar se olvida de hacer. La frivolidad, la ligereza política, que tantas censuras mereció á la democracia ateniense, deben ciertamente su origen en gran parte al abuso de la palabra y este abuso estaba muy conforme con alguno de los instintos del alma ateniense, para que no fuera singularmente peligroso.

De ahí resultaba también un exceso de nerviosismo natural, sin duda, en la raza, pero desarrollado por esta manera de vivir. No se abusa impunemente de las emociones demasiado fuertes. En este pueblo de políticos artistas era inevitable que la movilidad natural de la imaginación, más excitada aún por el contacto de todos en Asambleas tumultuosas, se exagerase á veces en impulsiones desordenadas. Cualquiera suceso imprevisto podía hacer perder al pueblo su sangre fría. No porque careciese de valor ni, si llegaba el caso, de heroísmo: en los peligros extremados era capaz de recobrarlo mismo en vísperas de la dominación macedonia que al comienzo de su período glorioso. Cuando los persas que-

maron Atenas, el pueblo, en vez de someterse, subió á sus barcos y combatió en Salamina. Después de Queronea la Asamblea votó una corona de oro á Demóstenes; pero en circunstancias mucho menos graves perdía la cabeza; así después de la batalla de los Arginusos y después de la toma de Elatea. En otros momentos se exaltaba sin motivo; vengador en Sfacteria, negó la paz á los lacedemonios; un vago rumor relativo á que Filipo ha muerto ó está herido basta para que se abandone á una alegría delirante. Incesantemente se halla en su historia la misma falta de equilibrio: tan pronto esperanzas ilimitadas, por ejemplo, al comienzo de la guerra de Sicilia, como descorazonamientos excesivos, que se traducen en el abandono momentáneo de jefes populares como Pericles ó Demóstenes; crueldades contrarias á su naturaleza (cuestión de Mitilene) seguidas de remordimientos y de bruscos retrocesos; credulidades irreflexivas y sospechas infundadas; movimientos en todos los sentidos que debían desconcertar la razón de los filósofos.

Otro defecto más grave en este pueblo soberano, dueño absoluto de sus asuntos, fué el dejarse ir poco á poco á caer en vicios que son el resultado ordinario de la omnipotencia cuando ésta no tiene por contrapeso una razón superior ó una moral intransigente, tan raras en verdad en los individuos como en los pueblos. La omnipotencia crea naturalmente el orgullo por una ley bien conocida de la antigua moral griega, cuya demostra-